

esculpidas las armas reales y sobre ellas una laguna
 con una inscripción latina, cuya versión
 era: «Sed non in vana gloria regnum
 vestrum edificavit, sed in utilitate
 vestra». Después de haber invocado Cortés la divina
 protección de N. S. J. C. y teniendo dividida
 su gente en once compañías, destinó para su
 capitán capitán cuyos nombres se conservan
 en la historia: esas personas se hallan en el apéndice
 de Cortés: Véase el apéndice de Cortés, Pedro de Al-
 varado, Alonso Hernández Portocarrero, Fran-
 cisco de Montejo, Cristóbal de Olid, Juan de E-
 scobedo, Francisco de Haro, Francisco de
 Juan Pineda, Juan de Norzagarayán, el piloto
 de Cortés de la flota era el talál-Alamano, casita,
 el conde la asistencia á Orosco, capitán espa-
 ñol.

CAPITULO IV.

*Pasa la expedición á la Isla de Cozumel. —
 Llegada á Tabasco.*

Partió Hernan Cortés el 10 de febrero de
 1519, dirigiéndose inmediatamente á la isla de
 Cozumel. Al llegar allí, encontró el país ente-
 ramente desierto; sus habitantes llenos de es-
 panto al ver la armada, se habian retirado en
 el interior. La compañía de Alvarado que saltó
 en tierra la primera, léjos de disipar los temores
 de los naturales y ganarse su confianza, los au-
 mentó mas y mas; los soldados estaban persua-
 didos de que cuanto encontraban podian apli-
 cárselo como bienes sin dueño, en consecuencia,
 empezaron á despojar los templos y los ídolos de
 todos los adornos de oro con que estaban cubier-
 los. Pero atendiendo Cortés á todo lo que podía

perjudicar sus planes ó impedir su ejecucion y queriendo evitar el venir á las manos con los naturales, reprendió severamente la conducta de la compañía de Alvarado y mandó que se restituyera todo el botin (12).

Esas medidas conciliadoras produjeron el efecto deseado; calmaron sus temores los habitantes y entraron en relaciones con los estrangeros. A causa de una feliz casualidad, fué muy provechosa á Cortés su permanencia en Cozumel. Habiendo advertido que los naturales pronunciaban con mucha frecuencia el nombre de *Castilla*, pensó que algunos de sus compatriotas estarian tal vez en esta isla; procuró informarse de ello y por último pudo rescatar un español, cuya presencia causó una agradable sorpresa. Andaba casi desnudo, algunos andrajos cubrian solamente sus espaldas, traia en la mano un arco y sobre el hombro un pequeño lio que contenia víveres y las *Horas* de la santa Virgen que siempre habia conservado preciosamente y á cuya devocion atribuia su libertad. Se llamaba Gerónimo de Aguilar, nacido en Ecija y estaba ordenado de evangelio; aunque era muy escasa la instruccion que habia recibido, sin embargo estaba dotado por la naturaleza de una cierta vivacidad, de una cierta penetracion. Durante su larga permanencia en ese pueblo, habia podido aprender su idioma, lo cual sirvió muchísimo á Cortés para tener á su lado un intérprete. Ocho años antes, habia naufragado con una pequeña embarcacion que

pasaba del Darien á la isla de Santo Domingo. Sus infortunados compañeros habian intentado salvarse en un esquife, empero habiéndolos arrojado el mar á la costa de Yucatan y habiendo caido en poder de los naturales, muchos fueron sacrificados á los ídolos, otros perecieron de miseria; Aguilar pudo escaparse y encontró otro cacique mas humanitario quien le salvó la vida.

En 4 de marzo, emprendió Cortés su navegacion hácia la embocadura del rio de Grijalva ó Tabasco; confiaba que seria recibido con la misma amistad que Grijalva y que como él obtendria gran cantidad de oro. Frustradas salieron sus esperanzas, pues desde el instante en que echó el áncora, observó que se habian cambiado las disposiciones de los habitantes; en vez de una cordial acojida, vió que se hacian preparativos para oponerse á su desembarco. Envióse á Aguilar á fin de ofrecerles la paz, empero este volvió por contestacion, que los enemigos eran en gran número y que se habian negado á escucharle. Si bien no queria Cortés empezar sus conquistas por esta provincia, sin embargo le pareció importante no cejar ante el primer peligro que se le presentaba; mandó que durante la noche se preparara la artilleria, y al apuntar el alba, hizo colocar los bajeles en forma de media luna la que se iba disminuyendo en su mismo tamaño y remataba en los esquifes. Como el rio era bastante espacioso, se adelantó en este órden con una

especie de sosiego que convidaba á la paz. Aguilar fué por segunda vez á pedirla á los indios, pero su respuesta fué la señal del ataque. Se adelantaron á favor de la corriente, hasta ponerse á distancia proporcionada con el alcance de sus flechas, y de repente dispararon desde las canoas, tan grande cantidad de ellas, que los españoles anduvieron algo apresurados en la necesidad de cubrirse y cuidar de su defensa, mas despues de haber recibido el primer golpe, dispararon estos á su vez tan terrible descarga de artilleria que los indios espantados con un ruido del que no tenian noticia, y al ver la muerte de una infinidad de sus compañeros, abandonaron las canoas para saltar en el agua. Entonces los bajeles se adelantaron sin obstáculo hasta la orilla y Cortés intentó desembarcar; el resultado fué sostener aquí un segundo combate, porque los indios que estaban emboscados y los que habian saltado de las canoas, se habian reunido para volver á atacar. Al instante viéronse los españoles rodeados por todas partes de flechas, dardos y piedras. Envió Cortés un destacamento de cien hombres á fin de que se apoderaran de la villa de Tabasco, pero los indios corrieron á su defensa. Estaba fortificada con una especie de muralla compuesta de troncos de árboles muy corpulentos en forma de empalizadas, en medio de las cuales habia aberturas para el paso de las flechas. Llegó Cortés antes que el destacamento, cuya marcha se habia retardado á cau-

sa de los pantanos. Reuniéronse entretanto las dos fuerzas y sin dar tiempo al enemigo de reconocerse, adelantaron rápidamente hasta el pie de la empalizada, las aberturas sirvieron de troneras para los arcabuces y bien pronto los indios no tuvieron otro recurso que el de huir. Cortés no quiso perseguirlos; mandó á sus tropas que hicieran alto en la poblacion, en donde pasaron la noche en unos templos cuya situacion las ponía al abrigo de una sorpresa.

Difundióse bien pronto la alarma entre la multitud con la noticia de que los indios volvian á atacar; efectivamente, léjos de estar abatidos y atemorizados á causa de su primera derrota, hicieron los preparativos mas formidables para rechazar á los españoles. Cortés por su parte, tomó las medidas convenientes para defenderse con buen éxito; mandó desembarcar los caballos y los distribuyó á los mejores jinetes. El general mismo estaba á la cabeza de ese pequeño número de soldados; la infanteria estaba bajo las órdenes de Diego de Ordaz y la artilleria estaba bajo las de Mesa. Despues de haber oido Cortés la santa misa, se adelantó con toda confianza hácia una llanura en donde estaba reunido todo el ejército de los indios. Parecia que estos guerreros eran de los mas bárbaros; numerosas plumas adornaban sus cabezas; cubrian su cuerpo con una especie de escudo; las armas de que se valian, eran lanzas, espadas de dos cortes, mazas, arcos y flechas, y á fin de parecer mas

horribles, á fin de infundir mayor espanto, pintaban su piel con diversos colores.

Ocultóse Cortés con sus compañeros en un parage cercano á aquella llanura, desde donde se proponia atacar al enemigo por el lado, si era necesario, ó cortarle la retirada, en caso de que huyese. Durante ese tiempo, resistió la infanteria con valor la primera descarga de los indios, la cual causó mucho estrago, puesto que hirió á sesenta hombres y mató uno; entonces volvieron los indios á atacar con la mas viva intrepidez á pesar de la mortandad que causaba la artilleria en sus filas. Pero la presencia de Cortés y de la caballeria decidió en un instante de la suerte de esta batalla: ocupados los naturales con los enemigos que en frente tenian, no se apercibieron de que iban á ser atacados terriblemente por detrás; como el terreno era igual y llano, favorecia mucho la marcha de los caballos; los indios se encontraban destrozados por los españoles, antes que hubiesen reparado en su llegada. Sorprendióles en gran manera este súbito ataque, mas aun, al ver aquellos seres extraordinarios y sobrenaturales; creíanse que el caballo y el jinete no eran mas que un solo y formidable monstruo, á quien apenas se atrevian á mirar. Escapáronse por todas partes, ocultándose en los bosques y en los pantanos vecinos y dejando en el campo ochocientos muertos. La pérdida de los españoles consistió en dos hombres (13).

Esta sangrienta accion, seguida de otras mu-

chas escaramuzas en las cuales quedaron derrotados siempre los indios, abatió el valor de los mas bravos obligándoles á pedir la paz. Vinieron á arrojarle á los pies de Cortés quince hombres con la cara pintada de negro en señal de luto y con un presente de aves, de maiz y de peces asados; el digno general los recibió con la mas grande amabilidad. Animados con tan benéfica acogida, presentáronse al dia siguiente treinta naturales, pidiendo permiso para recoger los muertos el que se les concedió inmediatamente. Desde ese momento se establecieron las relaciones, pero Cortés temia la ligereza y la inconstancia propias de las naciones salvajes; recelaba que los indios una vez pasado el terror y cesada la admiración, no volviesen á tomar las armas con tanta facilidad como las habian abandonado, y por consiguiente resolvió valerse de su sumision para aumentar su horror. Mandó que á su presencia se presentaran los principales de entre ellos, y con una voz fuerte y severa pintóles los terribles efectos de su venganza, en caso de que maquinaran alguna traicion ó trastorno, y á fin de dar mayor apoyo á sus palabras, mandó disparar un cañonazo: el ruido de la esplosion, el estrago que en los bosques causó la bala, llenaron sus almas de asombro y estupor. Aterrorizóse su imaginacion á la vista de esas destructoras máquinas de la guerra, las cuales no habian podido examinar con atencion durante la batalla. A fin de dejarlos mas vivamente pasmados, la

caballería practicó diferentes evoluciones y la infantería hizo variados ejercicios. Con tales artificios, cumplieronse fácilmente los designios de Cortés; miraron los naturales á los españoles con una especie de temor respetuoso y reconocieron por soberano suyo al rey de Castilla.

Establecieronse con prontitud amistosas relaciones, trocaronse regalos y los dos partidos vivieron en buena armonía. Entre los presentes que se hicieron á Cortés, se notaban muchos objetos fabricados con gran primor. Había también veinte esclavas, cuyo regalo fué despues de la mayor importancia, porque entre ellas se encontraba la ilustre doña Marina que representó un gran papel en la conquista de Méjico. Bautizóla inmediatamente el padre Olmedo y la puse el nombre que acabamos de manifestar. La parte que tomó esta muger en el resto de la expedición y los eminentes servicios que prestó á Cortés, nos obligan á decir cuatro palabras acerca de su persona y de su historia singular.

Pertenecía Doña Marina á una alta categoría; su aire, su carácter, denotaban que estaba habituada al mando; distinguíase entre sus compatriotas por su espíritu dócil y vivo; su valor era propio de los más bravos guerreros. Había dado pruebas de él en más de una ocasión, hija de un cacique tributario del emperador de Méjico, había perdido su padre en los floridos años de su juventud; su madre, habiendo tenido un hijo de un segundo matrimonio, la había abor-

recido, y para asegurar á este hijo la herencia de Marina, la había vendido á unos comerciantes de Cicalango; estos la entregaron á uno de los gefes de Tabasco, por cuyo medio vino á parar á Cortés. Manifestó bien pronto un sincero y profundo reconocimiento hácia su nuevo señor; enteramente consagrada á sus intereses, le acompañó en todos sus peligros, prestándole los más grandes servicios. Hablaba muy bien el idioma que sabía Aguilar; así es que sirvió de intérprete entre él y los mejicanos, cuya lengua la era igualmente familiar; aprendió también el castellano, lo que facilitó las entrevistas de Cortés con los mejicanos y estrechó más sus relaciones.

No solamente como intérprete fué de grande utilidad doña Marina: habituada á las costumbres, usos y defectos de los mejicanos, conocía muy bien su carácter; en consecuencia fué destinada muchísimas veces para negociaciones delicadas, descubrió muchos complots y desbarató muchos de sus maquiavélicos planes. No tardó Cortés en reconocer el valor de esa muger, y así en su espíritu inteligente y en su noble corazón depositó toda su confianza. El profundo afecto y admiración que ella le profesaba, era una prenda segura de su fidelidad.

Permaneció Cortés algunos días en Tabasco, no tan solo para cuidar de los enfermos y heridos, sino también para obligar á los naturales á que prestasen toda su obediencia á su nuevo gefe. Re-

novaron estos sus promesas con todas las apariencias de la sinceridad y demostraron su buena voluntad, accediendo á todo cuanto exigian de ellos los extranjeros. Ayudáronle á erijir una hermosa cruz la que se plantó en el campo de batalla. El domingo de Ramos, todas las tropas en forma de procesion fueron á visitar ese sagrado signo de la redencion, y muchos de los naturales fueron bautizados por el misionero. Despues de esta piadosa ceremonia, se despidió Cortés de los indios, quienes le acompañaron hasta la playa y dió en seguida la señal de levar el ancla.

CAPITULO V.

Entrevista con los embajadores de Motezuma.

Prosiguió Cortés su viaje hácia el oeste sin perder de vista la ribera, á fin de observar el pais; empero no pudo encontrar ningun paraje á propósito para desembarcar sino en San Juan de Ulúa. El 22 de agosto, cuando entraba en la ensenada, acercóse á su bajel dando señas de paz y amistad, una canoa muy grande, llena de indios, entre los cuales se notaban dos personas de distincion. Subieron algunos al navio sin temor ni desconfianza, y con un ademan respetuoso dirigieron á Cortés algunas palabras que Aguilar no pudo comprender. Afortunadamente se presentó doña Marina y traduciendo en lengua de Yucatan lo que decian en mejicano, se supo entonces

que estos dos personajes eran enviados por el gobernador de esta provincia, sujeta á un grande y poderoso monarca, llamado Motezuma; venian para informarse qué intenciones abrigaba Cortés al visitar aquella costa y para ofrecerle al mismo tiempo los socorros que necesitase.

Manifestó Cortés á estos comisionados que él y los suyos estaban muy satisfechos de sus ofertas y que sus sentimientos eran de paz y de amistad; díjoles tambien que estaba encargado de hacer á su soberano Motezuma algunas proposiciones ventajosas para él y para su pueblo, y terminó dándoles algunas bugerías y otras cosas de poco valor. Contentos con ese regalo los embajadores, hicieron al gobernador una relacion muy favorable de todo cuanto habia mediado, de modo que este no se opuso al desembarco de los extranjeros. Cuando vieron los indios que desocupaban los bajeles, les ayudaron con mucha diligencia y agrado. Gracias á su socorro, Cortés estuvo establecido en poco tiempo en tierra con sus soldados, caballos, artillería, etc. etc. Su primera diligencia fué arreglar tiendas de campaña y fortificarlas. Los naturales contribuian á su construcción, mientras que otros traian provisiones, de todo jénero de aves y frutas. No tardó mucho tiempo en anunciarse al general, que el gobernador queria hacerle una visita; esta noticia le causó la mas viva satisfaccion.

Al día siguiente por la mañana, presentóse ese personaje, llamado Teutile, iba acompaña-

do de Pilpatoe, general de sus tropas; seguíanles una numerosa escolta. Considerándole Cortés como un ministro de un gran rey, le recibió con mas ceremonia y etiqueta de la que usaba con los caciques; hizole decir que Carlos de Austria, rey de Castilla y el mas poderoso monarca de la tierra, le enviaba en calidad de embajador, y por tanto estaba encargado de comunicar al mismo emperador unas proposiciones de la mas alta importancia; por consiguiente pedia que le condujeran á su presencia sin pérdida de tiempo.

Esta demanda llenó de asombro á los embajadores mejicanos, causándoles mucho disgusto. Espresó Teutile los sentimientos que le animaban con un acento muy arrogante. Aumentábase sus temores personales en vista de otra consideracion; sabia muy bien que Motezuma en ninguna manera queria tener comunicaciones ni tratos con los extranjeros, cuya presencia en los dominios de su territorio habia llenado su espíritu de agitaciones y temores; por otra parte; negando positivamente la demanda de Cortés, temia excitar su cólera; pero antes de disuadirle de su proyecto, creyó oportuno ganarse primero su voluntad y benevolencia, obligándole á aceptar los regalos que le traia en nombre de Motezuma.

Ofreciólos Teutile con mucho aparato; Cortés quedó sorprendido de su magnificencia; consistian en unas ropas de algodón muy ricas y hermosas, en plumas de diferentes colores y

en adornos de oro y plata de un trabajo muy precioso y de un inestimable valor.

A fin de conservar Cortés las buenas relaciones, quiso mostrarse también jeneroso; entregó á Teutile algunos diamantes artificiales, un sillón ricamente esculpido y una gorra de terciopelo carmesí, adornada con una medalla de cobre en la que había grabada la imájen de San Jorge, advirtiéndole que lo presentara á Motezuma, como una prueba de amistad del rey de España; en seguida con un tono firme y con grande autoridad volvió á pedir una entrevista. No pudiendo Teutile alegar más excusas, vióse obligado á prometerle que le haría conducir pronto á la capital.

Durante ese acto, estaban ocupados algunos pintores que vinieron con el acompañamiento de los mejicanos en dibujar sobre largos lienzos de algodón muy blanco, todos los objetos que excitaban su sorpresa y admiración; no solamente sacaron fielmente el retrato de Cortés, sino que copiaron también los bajeles, caballos, cañones y todo cuanto á su vista se presentaba. Cuando supo Cortés que se hacía este trabajo por orden de Motezuma, á fin de poderse formar una exacta idea de las cosas extraordinarias que tenían los españoles, se valió de esta circunstancia para dar á los mejicanos y por consiguiente al emperador, una idea más verdadera y más imponente de sus fuerzas y poder. Con este fin mandó que se tomaran las armas; en un ins-

tante se colocaron las tropas en orden de batalla; hizo la infantería variados ejercicios; la caballería practicó diferentes evoluciones para manifestar su agilidad; en fin la artillería disparando contra los espesos bosques vecinos que en el campo había, hizo pedazos de algunos árboles. Miraron los mejicanos los ejercicios militares con aquel silencio y admiración propios de un espíritu que contempla objetos nuevos que le parecen formidables; pero al horrisono estruendo del cañón, huyeron muchos, cayeron otros de terror, y en jeneral todos se espantaron tanto al ver lo que hacían estos hombres cuyo poder les parecía divino, que Cortés tuvo mucho trabajo para consolarlos, para hacerlos volver en sí. Los pintores pusieron en práctica todos los medios de su arte para representar estos objetos nuevos y todos los recursos de su imaginación para inventar figuras y caracteres que expresasen al vivo aquellos sucesos extraordinarios que acababan de presenciarse.

Dijó Teutile que en medio de estos ejercicios había visto una especie de casco semejante al que adornaba la cabeza del dios de la guerra y se determinó á pedirlo al general á fin de ofrecerlo al emperador. Cortés accedió á su demanda; en seguida se despidieron los embajadores, asegurando que dentro breve tiempo se sabría la contestación de Motezuma. Efectivamente recibióse al cabo de siete días la respuesta que con tanta impaciencia se esperaba.

El monarca mejicano quedó sorprendido extraordinariamente de las pinturas y de las relaciones que le dieron sus embajadores; los regalos de Cortés excitaban vivamente su curiosidad y el casco que tanto agradó á Teutile, llenó su alma de un misterioso temor; veía en este emblema un secreto anuncio del fin de su reinado, superstición oriñinada de una antigua creencia bastante arraigada en el país. Se tenía por cierto que el *dios del aire* había desaparecido de Méjico desde muchos años, y que había prometido que volvería pasado algún tiempo, á tomar el gobierno de aquel reino y proporcionar á sus habitantes la paz y la tranquilidad. Esta antigua tradición, combinada con la presencia de los españoles, cuyo aspecto era semejante al que daba su mitología al dios del aire, dió márgen á hacerles creer que había llegado el momento en que venía su dios á empuñar las riendas del imperio.

Afligieron á Motezuma los rumores populares, aumentaron su temor y contribuyeron á que se negase de firme á la entrevista que con tanto empeño pedía Cortés. Su contestación por consiguiente no fué muy agradable; pero temiendo que su formal negativa no excitara la cólera de los españoles mandó á Teutile que les enviasen aquellos magníficos presentes que algunos meses antes había preparado para Grijalva. Al cabo de ocho días, se presentó al campo Teutile, acompañado de cien indios cargados con los presentes de

Motezuma. Admitidos estos en presencia de Cortés, después de haberle saludado respetuosamente, le entregaron los regalos que de órden de su soberano le traían, los cuales excitaban vivamente la admiración de todos los españoles. Consistían en diferentes ropas de algodón tan delgadas y tan bien tejidas que parecían de seda; cuadros representando animales, árboles, diferentes paisajes, formados con plumas de diferentes colores, colocados con tal gracia y elegancia que podían competir con las mejores obras del pincel á causa de su naturalidad y hermosura; pero lo que mas atrajo la atención fueron dos grandes láminas de forma circular, la una de oro maciso en cuyos relieves estaba grabada la imagen del sol, la otra de plata, emblema de la luna; según refiere Bernal Diaz del Castillo (*), esta última costaba mas de veinte mil pesos. Por fin, había una considerable cantidad de brazaletes, collares, anillos y otros adornos de oro, perlas, piedras preciosas etc., todo producto del país y trabajado con el mas delicado gusto.

Recibió Cortés los regalos con grandes mues-

(*) Bernal Diaz del Castillo á quien tendremos ocasion de citar algunas veces, era un simple soldado sin instrucción, que estuvo al lado de Cortés todo el tiempo de su permanencia en Nueva España, en 1568. Publicó Diaz una historia de la conquista, escrita con mucha verdad y sencillez; Robertson dice que su libro es uno de los mas curiosos que se pueden leer en cualquier idioma en que esté impreso.

tras de aprecio y alegría , con un profundo respeto hácia el príncipe que tan generoso se mostraba. Estas disposiciones obligaron á los embajadores á cumplir con la segunda y mas difícil parte de su mision. Valiéronse de las palabras mas atentas y conciliadoras para manifestar que el emperador no queria admitir á los estrangeros en su corte ; pusieron en juego diferentes medios y rodeos para esplicar el motivo de esta conducta , ya describiendo las grandes dificultades que tendrian que vencer , si atravesaban los áridos desiertos que á la capital conducian, ya ponderándoles los terribles combates que tendrian que sostener contra las numerosas tribus alarmadas ya con la sola noticia de su desembarco. Mientras que el intérprete traducia estas palabras , conoció Cortés cuan necesario le era explicarse con un tono bien firme y positivo , y así les contestó en alta voz ; que le era imposible volverse á su pais sin haber cumplido la mision que le habia encargado su soberano y en consecuencia pedia otra vez que le presentaran al palacio de Motezuma.

En vista de la constancia con que persistia Cortés en su resolucion , los embajadores mejicanos quedaron en gran manera indecisos. Sabian de positivo que el intento de su soberano era reusar la demanda , pero por una parte temian desobedecerle , por otra excitar la cólera del caudillo español ; así determinaron escojer un término medio , con el cual , sin rechazar

positivamente las pretensiones de Cortés , pudiesen dar á Motezuma el tiempo necesario para oponerse á la marcha de los españoles hácia la capital. En consecuencia exigieron del general, que no saliese de su actual posicion hasta que volviesen los mensajeros destinados á buscar nuevas instrucciones.

Al saber Motezuma el empeño de Cortés , se vió perdido; el tono con que se habia expresado , no le permitia abrigar esperanza alguna para vencer su determinacion ; no le quedaba otro recurso sino recibirle con la consideracion y respeto debidos á un embajador , ó tratarle como enemigo , oponiéndose á su marcha. Mas ambos medios repugnaban al monarca mejicano. La causa de esta duda no era el verse privado de socorros, porque el reino que despóticamente gobernaba era inmenso y rico en recursos de todo género. Si bien la tradicion unicamente hacia remontar este imperio á ciento treinta años de existencia , no obstante habia llegado á un tan alto grado de esplendor , que no se habia visto en ningun otro pueblo en tan corto espacio de tiempo. Se estendia desde la mar del norte hasta la mar del sur , sobre un territorio de mas de quinientas leguas del este al oeste , con mas de doscientas del norte al sur , y comprendia muchas provincias que en fertilidad , en poblacion y en riquezas , aventajaban á todos los demas paises de la zona tórrida. La nacion era guerrera é intrépida ; el número de hombres á quienes Mo-

tezuma podia hacer tomar las armas, era inmenso y su autoridad ilimitada. Si con tan poderosos recursos se hubiese echado encima de los españoles, cuando estaban acampados sobre una costa estéril y mal sana, no teniendo en el pais ningun aliado, no pudiendo hacer una retirada y careciendo de provisiones, á pesar de todas las ventajas de su disciplina y de sus armas, no habrian podido resistir semejante choque, y ó hubieran perecido todos en tan desigual combate, ó habrian desistido de su empresa. Motezuma podia tomar muy bien ese vigoroso partido; estaba dotado de grande talento para concebir un plan y tenia el valor necesario para ponerlo en ejecucion y constancia para llevarlo á cabo. Habiale adornado la naturaleza de todas las cualidades guerreras que entre las naciones belicosas son tenidas en alta consideracion, por consiguiente era naturalmente violento. Su poder despótico, aumentado por el hábito y por la confianza en sus propias fuerzas, le hacia arrogante; sus numerosos vasallos le miraban con temor y sus enemigos con terror. Las repetidas victorias que habian alcanzado sus armas, bastaban para hacerle temible; mas ese monarca altanero y poderoso, este monarca cuya sola presencia en un campo de batalla bastaba para poner en desorden un ejército entero, estaba lleno de terror al acercarse un puñado de españoles. Desde los primeros instantes en que se presentaron estos en sus dominios, manifestó sintomas de indecision

y timidez; léjos de tomar medidas que á entrambas partes fuesen convenientes, obró constantemente con una duda, con una oscilacion que fué muy perjudicial á sus intereses.

El motivo de esta conducta vacilante era debida á la influencia de la supersticion; entre todos los mejicanos estaba difundida la opinion de que les amenazaban terribles calamidades originadas por una raza de valientes conquistadores. Estos temores sobrenaturales que al pueblo traian ajitado, obraban tambien poderosamente sobre el espíritu del emperador. Estas antiguas tradiciones, esas fatales profecias, las recojia con avidéz un monarca capaz de gobernar una nacion salvaje, pero que no poseia el desarrollo de inteligencia necesario para mirar esas voces, esas predicciones como quimeras de las que no debia ocuparse.

Pero cuando vió Motezuma la obstinacion de Cortés, se indignó de que unos estrangeros intentaran penetrar en medio de su rico imperio, despertáronse sus pasiones y en los transportes de su furor, juró sacrificar á sus dioses á todos aquellos aventureros. Esa cólera empero calmóse por grados, y determinó por último hacer reunir su consejo y escuchar los pareceres de sus cortesanos. Su resultado fué dar órden formal á los españoles para que evacuasen el territorio mejicano, y á fin de obligarles mas, les hicieron algunos magnificos regalos.